

Cuando hubo acabado de hablar el Lic. Luis Cabrera, en apoyo de esta última fórmula, que defendió bizarramente, y después de declararse agotada la discusión, el señor Sánchez Azcona, con el fin de hacer olvidar la impresión que causó el discurso del señor Cabrera, levantó la sesión, aplazando para la siguiente, la votación; mandato que se cumplió a pesar de las protestas de toda la Asamblea, y, por último, el señor licenciado Aquiles Elorduy, tan luego como el señor Madero acabó de hablar en una de las sesiones de la Convención, formulando cargos contra el Dr. Vázquez Gómez y en defensa de su hermano don Gustavo, fué arrojado del salón por el sólo hecho de haber pedido justicia—decía el señor Elorduy—consiste en no juzgar a un hombre sin oírle.» Fué el encargado de cumplir esta determinación tan arbitraria, un señor Gonzalo G. Travesi, que se decía ayudante del señor Madero y presidente de la comisión de orden.....

*
*
*

La determinación pues, tan arbitraria como impolítica, de que el Partido Constitucional Progresista quedara como Centro Director de la política del maderismo, quedaba cumplida exactamente: la Convención de agosto se había llevado a cabo; el doctor Vázquez Gómez quedaba resueltamente eliminado del grupo llamado a formar el «nuevo régimen», y la candidatura del licenciado Pino Suárez quedaba al fin impuesta, a pesar de millares de protestas que se elevaron en su contra. Pero no impunemente se había cometido el primer atentado: la semilla del descontento quedaba sembrada en el alma de las multitudes, y muy pronto habíamos de verla reventar en el amargo fruto de una nueva revolución.

CAPITULO II.

De Revolucionario a Presidente.

En vísperas de las elecciones presidenciales.—La tiranía del maderismo.—Declaraciones de don Francisco I. Madero, asegurando la libertad de sufragio.—Surge la candidatura del general don Bernardo Reyes para Presidente de la República, en oposición a la del señor Madero.—"La Porra" en acción.—Una manifestación revista disuelta a pedradas por maquinaciones del Partido Constitucional Progresista.—El general Reyes es lapidado en la Avenida Juárez y obligado por medio de estos procedimientos del maderismo a retirarse de la lucha electoral.—Varios partidos políticos piden a la Cámara el aplazamiento de las elecciones.—Razones de esta petición.—La opinión a tal respecto del notable civilista Jorge Vera Estañol.—El señor Madero por medio de amenazas exige al Poder Legislativo de la Unión el no aplazamiento de las elecciones.—Opiniones en Washington sobre esta actitud del "leader".—El maderismo hostiliza por medio de persecuciones, intrigas y encarcelamientos a sus contrarios en política.—Salida del general Reyes y del Lic. Vázquez Gómez del territorio nacional.—Las elecciones.—Toma de posesión del gobierno de la República por el señor Francisco I. Madero.—Los primeros síntomas anárquicos.

CAPITULO II.

De Revolucionario a Presidente.

Analizados serenamente los primeros actos del señor Madero, ejecutados en plena actividad política desde el momento en que hizo su entrada triunfal a la ciudad de México, según acabamos de ver en el capítulo anterior, nada más natural que esperar que aquella serie de desaciertos no pararían ahí, y que aun le quedaban a México por ver acontecimientos más funestos que los que dejamos brevemente reseñados en las páginas anteriores de este libro.

Y así fué, desgraciadamente.

Los errores, los caprichos, los actos arbitrarios del señor Madero y de sus favoritos, los miembros del Partido Constitucional Progresista, se sucedían ante los ojos atónitos de las multitudes, sin ninguna interrupción, hasta el grado de haberse formado con ellos una larga cadena a la que quedaba nuevamente sujeto en México todo ejercicio en materia de libertades públicas, y muy señaladamente el de la libertad de sufragio.

Al terminar la revolución, revolución que había enrojecido nuestros campos con la sangre de más de catorce mil mexicanos, so pretexto de reivindicar derechos conculcados; los tiranizados de ayer se convertían en tiranizadores de hoy; pero en el cambio, los nuevos, de un origen demagógico perfectamente definido, resultaban más crueles, más despóticos, más despiadados y más transgresores de la ley que los que acababan de ejercer el oficio de largos años atrás.

La tiranía de los adinerados, de los que pertenecían a aquel elemento nefasto que se llamó «científico,» había venido a tierra, produciendo, al caer, el terrible estrépito de una montaña que se derrumba; pero muy pocos momentos después, por sus escombros trepaba a grandes saltos la tiranía de los desarrapados, que llegaba al poder hambrienta de venganzas, de apetitos desordenados, de odios crueles y salvajes y de una sed insaciable de poder y de riquezas.

Tal era el cambio que irónicamente nos traía envuelto en sus pliegues la bandera de la democracia.

*
* *

El señor Madero había declarado enfáticamente con motivo de la aceptación que el señor general Reyes había hecho de su candidatura a la Presidencia de la República, que la campaña electoral sería honrada y serena bajo todos conceptos; que la lealtad más grande presidiría a este respecto todos sus actos y los de sus partidarios, y, por último, que cuantos candidatos surgieran a la lucha gozarían de la más amplia libertad de sufragio.

Veamos, sin embargo, cómo cumplía el señor Madero sus prometimientos, y qué triste espectáculo de falta de civismo y de cultura, provocado por maquinaciones innobles del Constitucional Progresista, ofrecía una multitud enfurecida, a los ojos de propios y de extraños, en la misma capital de la República y apenas emprendidos los primeros trabajos en pro de otras candidaturas opuestas a la del «leader» don Francisco I. Madero.

Nos referimos a la propaganda electoral en favor del señor general don Bernardo Reyes.

El Comité Central del Club Reyista organizó una manifestación pública que debería efectuarse el domingo 3 de septiembre de 1911 en honor del divisionario de referencia, y en la cual tomarían parte todas las agrupaciones simpatizadoras de dicha candidatura.

El director de la manifestación, señor doctor Samuel Espinosa de los Monteros, un incansable sostenedor de la candidatura Reyes, hizo trabajos de muy activa propaganda para asegurar el éxito de la manifestación, que se vio notablemente concurrida.

Como resultado, en efecto, de aquella propaganda, y simpatizando con la candidatura del señor Reyes infinidad de personas de nuestra clase media, clase consciente, que por los errores cometidos por el señor Madero hasta aquella fecha, sacaba deductivamente futuros acontecimientos desastrosos para el país, en el casi seguro triunfo de la candidatura de este «leader,» había concurrido al lugar de partida de aquella manifestación—calle del Apartado—en el que desde las nueve de la mañana el director general de la manifestación, señor de los Monteros, teniendo por ayudantes a los señores Alberto Guevara, Luis Alfonso Pérez, F. de Castro, licenciados Bonales Sandoval y Enrique de Keratry, Nicolás Cisneros y Santiago Gutiérrez, empezó a organizar la columna de manifestantes, cuyo número, ya crecido desde un principio, aumentaba considerablemente a cada momento.

Aquello, no obstante, amenazaba terminar de una manera desastrosa, debido a la presencia de no pocos individuos sospechosos, pertenecientes en su mayoría al pueblo bajo, que, asumiendo primero una actitud espectante, empezaron después a manifestarse hostiles contra todas las personas que tomaban parte en la manifestación que nos ocupa.

Las agrupaciones políticas y gremios de obreros, estudiantes, sociedades mutualistas, etc., que iban llegando al lugar de la cita, eran objeto de burlas y de demostraciones un tanto agresivas de parte de aquellos individuos, cuyas filas estaban siendo engrosadas por un gran número de muchachos que no cesaban de lanzar gritos y silbidos contra los reyistas, quienes, no obstante, se conservaban en sus puestos, guardando el mayor orden y compostura, y dando un alto ejemplo de cultura y de respeto a la sociedad,

que contrastaba notablemente con la actitud desordenada e intemperante de quienes no simpatizaban con aquella manifestación, o eran azuzados como una jauría en contra de ella.

En estas condiciones cada vez más difíciles, la columna de manifestantes, rodeada por todas partes por aquella compacta muchedumbre que incesantemente lanzaba vivas a Madero y mueras al general Reyes, avanzó por las calles del Reloj hasta llegar a la Plaza de la Constitución, sin que se hubiera registrado, afortunadamente, ningún incidente digno de mención; pero al tomar los manifestantes por la Avenida de San Francisco, los contramanifestantes definieron su actitud, entonces ya resueltamente agresiva, y empezaron a arrojar sobre la columna de reyistas una verdadera lluvia de piedras, de las que iban bien provistos; acto este que produjo un desorden espantoso, y que el piquete de la Gendarmería Montada que seguía a los manifestantes, destinado a conservar el orden, hubiera sido impotente para reprimir, lo que sin duda determinó que estos guardianes se mantuvieran en indolente expectativa.

Ya casi en plena desorganización, los manifestantes que a pesar de la violenta agresión de que estaban siendo víctimas, conservaban su serenidad y corrección, seguían su itinerario en el que estaba comprendida la Avenida Juárez; pero al llegar a la Plazuela de Guardiola fueron atacados por sus adversarios de tal manera que fué ya materialmente imposible seguir adelante habiendo sido entonces cuando el desorden, la confusión y el espanto que causaba aquella multitud maderista, desenfrenada y ciega, llegaba a su más completo desarrollo.

Los contramanifestantes, cuyo número pasaba de mil, se abastecieron de pedacería de mármol tomada de las obras del Teatro Nacional y arreciaron su agresión, verdaderamente brutal, sobre los manifestantes reyistas, quienes antes que contestar el ataque en la misma forma, prefirieron huir en desbandada, procurando poner término cuanto antes a aquel vergonzoso incidente, que hablaba de manera muy triste de cómo sabía el maderismo entender la democracia.

La pedrea se generalizó en pocos instantes; «los guijarros —dice un diario de información, de aquella fecha— volaban

por todas partes. El automóvil en que iban las señoritas Elena y Magdalena de la Fuente, Mercedes Rojo y Elena Rubalcaba, fué lapidado sólo porque portaban dichas señoritas ramilletes de claveles rojos; [1] algunos estandartes fueron arrebatados de manos de sus portadores e incendiados en mitad de la Avenida; el señor Sub-comisario de la Cuarta Comisaría, Carlos I. Flores, fué herido con un guijarro en una oreja, y unos rateros, aprovechándose de la confusión, le robaron su cartera y la placa. Mientras, los gritos aumentaban y aumentaba la pedriza, a tal grado, que la manifestación quedó disuelta de hecho. El señor de Keratry que andaba con el traje lleno de tierra y lodo, recibió en la espalda no menos de cincuenta guijarros. Fué protegido por la Montada, que en aquellos momentos era reforzada, lo mismo que la de a pié. Esta última, ordenada en cadena, avanzó sobre los contramanifestantes, pero fué repelida por éstos.

«Cuando la cadena de gendarmes avanzaba sobre los contramanifestantes, éstos advirtieron que frente a Corpus Christi venía el señor general Reyes acompañado de su hijo, el señor licenciado don Rodolfo Reyes y de los señores licenciados Peón del Valle y Reyes Retana. Se dirigieron sobre ellos y se reanudó el ataque a pedradas. Un grupo de gendarmes montados que iba a proteger al divisionario y que llegó hasta frente al monumento de Juárez, fué amenazado por varios de los contramanifestantes que desde el monumento, y pistola en mano, gritaban:

«—¡Vénganse, cosacos!»

«La pedriza continuó fenomenal sobre los gendarmes y sobre el grupo que acompañaba al divisionario, que avanzando bajo aquella lluvia de piedras y en medio de aquella gritería hostil, llegó hasta la fotografía «Daguerre» (2) y

1—Durante la campaña electoral de 1910 para la renovación del Poder Ejecutivo y en la cual el señor general don Bernardo Reyes figuró como candidato a la Vicepresidencia de la República, los partidarios de este señor adoptaron como divisa un clavel rojo, prendido en el ojal del saco, considerándose desde entonces, hasta la fecha de los sucesos que relatamos, adicto a aquel divisionario a todo aquel que portaba dicha flor.

2—Muy pocos meses después, el señor don Francisco I. Madero sobre quien pesa la responsabilidad moral de los tristes acontecimientos que relatamos, se refugiaba en el mismo establecimiento fotográfico en momentos en que los partidarios del señor general Félix Díaz hacían fuego sobre él. Esta coincidencia encierra una enseñanza.

penetró al interior, seguido de sus acompañantes; poco después apareció en el entresuelo y dirigiéndose desde un balcón a los contramanifestantes dijo:

—Todo, todo por la Patria!

En la Avenida, la gritería aumentó y la pedriza se dirigió al divisionario quien abandonó el balcón; aparecieron después los señores Guevara y Bonales Sandoval quienes tuvieron que retirarse, pues fueron lesionados a pedradas. Los cristales de los balcones fueron hechos pedazos; la fachada quedó acribillada y la banquetta cubierta de piedras, terrones y ladrillos de los que limitan los prados de la Alameda, y que fueron desempotrados para que sirvieran de proyectiles.

La Montada que, no obstante andar sable en mano, quería calmar con sólo su presencia la actitud de los contramanifestantes, fué lapidada varias veces . . . »

Y como resultado final de aquella contramanifestación «democrática» del maderismo, la policía registró más de cuarenta heridos, entre los que se contaban el Sub comisario Flores, los señores licenciados Keratry y Peón del Valle y el señor ingeniero Beave y, además, los señores gobernador del Distrito y Subsecretario de Comunicaciones, fueron gravemente injuriados por la muchedumbre.

Ahora bien, ¿pesa sobre el señor Madero y sus allegados, los miembros del Partido Constitucional Progresista, alguna responsabilidad sobre los deplorables sucesos que acabamos de narrar a grandes líneas?

Incuestionablemente sí, puesto que los hechos que dejamos consignados para escarnio de aquellos falsos patriotas, no fueron actos espontáneos de la multitud ignara que los había ejecutado. Ésta no había sido más que un instrumento, torpemente esgrimido a la sombra de la impunidad por un grupo de agitadores sin conciencia, pertenecientes todos ellos al grupo del Constitucional Progresista, llamado desde entonces, acertadamente, el partido de la «Porra.»

Está fuera de toda duda que individuos de esta nefasta filiación emprendieron el día de los acontecimientos la ingrata tarea de repartir alcohol entre la gente baja del pueblo, que formaba la inmensa mayoría de los contramanifestantes, la cual, además, era pagada y azuzada para la comisión de los salvajes atentados que dejamos descritos.

En carretelas de sitio, algunos grupos de maderistas de la más refinada demagogia, dirigían la palabra al pueblo exitándolo al desorden y al crimen, y, por último, es público y notorio que los conocidos «leaders» maderistas Juan Sánchez Azcona y licenciado Jesús Urueta, visitaron en un auto el lugar de los sucesos cuando éstos se desarrollaban en su mayor intensidad, sin que los expresados señores hubieran procurado serenar a la multitud y refrenar aquel horrible desbordamiento de pasiones mezquinas; cosa que muy bien hubieran podido lograr sin gran esfuerzo, dado el gran ascendiente que entonces tenían sobre el pueblo; y lo cual, sin embargo, no intentaron siquiera, lo cual fué tanto, seguramente, como autorizar aquellos actos del más abominable salvajismo, puesto que los expresados «leaders» eran los principales directores del maderismo en acción.

¿Podría, después de esto, quedar el señor Madero libre de toda responsabilidad en los actos punibles de que hablamos? Es innegable que no, y su responsabilidad resulta tanto más notable cuanto que dicho señor no sólo no condenó jamás aquella contramanifestación, sino que alguna vez, como veremos más adelante, la comentó con marcadas muestras de aprobación.

¿Cómo era posible que aquel hombre, con aquella gente y con aquellos procedimientos hubiera podido más tarde hacer un buen gobierno?

Veamos ahora las declaraciones que hizo a la prensa el señor general Reyes con motivo de los atentados de que había sido víctima y que acabamos de relatar.

«Ya desde antier, viernes 1º de septiembre de 1911 — dice el divisionario de referencia — tenía noticias de que la gente que trabajaba en las obras del desagüe, dependientes de la Secretaría de Comunicaciones, en vez de ser pagada en sus respectivos campamentos el sábado, había de ser citada a la capital el propio sábado a fin de que hoy domingo contribuyera a evitar la manifestación reyista. No creía yo que elementos del propio gobierno enviaran a los maderistas para obrar en conjunto; pero de todos modos, mandé dar aviso del caso al señor Presidente, quien expuso que de ser cierto lo que expresaba, lo evitaría.

Sin duda que dió órdenes conducentes, pero acaso fueron eludidas, porque supe que de esa gente había tomado parte alguna en la contramanifestación de hoy. Sea como fuere, visto de mi parte en la mañana que había quedado al fin or-

ganizada dicha manifestación, a eso de las diez me dirigí a una casa que tenía preparada en la Avenida Juárez, desde cuyos balcones pensaba dirigirme a los manifestantes; pero los encontré habiendo ya rebasado la casa dicha en todo el largo de la alameda.

«Visto esto y visto que venían en desorden por estar cortadas sus filas por grupo de maderistas, me bajé del automóvil en la esquina de la Avenida Juárez y Revillagigedo; me aproximé a un grupo de maderistas para dirigirme a la expresada casa, con motivo de lo cual hubieron de cont. marchar los manifestantes reyistas a mi lado, y rodeado de ellos, y llegando al lugar que, como he dicho, tenía preparado de antemano, subí a los balcones e intenté dirigirme a los manifestantes y contramanifestantes que estaban al pié de ellos.

«En todo el trayecto que anduve a pié, fui objeto de voces injuriosas y de ultrajes por parte de los maderistas, que, al través de las filas de la policía, lanzaban piedras que hirieron a varios de nuestros acampañantes. Así, cuando salí a los balcones, la lluvia de piedras se hizo más nutrida, causando nuevas heridas entre las personas que estaban a mi lado.

«La gritería se aumentó, y apremiado por todos los que me acompañaban me retiré del balcón hacia el interior de la casa. Siguieron las piedras rompiendo puertas y vidrios y la policía montada que se encontraba en la calle frente a la expresada casa, seguramente por no tener órdenes en contrario, toleró una hora más o menos el escándalo de que hago mérito, no obstante que también sobre ella hacían puntería los lapidadores.

«En tales circunstancias, solicité por teléfono, del señor Presidente, que me autorizara para darme por mí mismo, ayudado de mis compañeros, las garantías que me eran necesarias, pues que la presencia de la policía, inmóvil, no sólo era ineficaz, sino que ataba nuestras manos por la engañosa apariencia de que daba seguridad para nosotros. A esto se sirvió contestarme el señor Presidente que no obráramos por sí mismos, pues que en el acto daba disposiciones para que, por tropas competentes, se procediera con energía contra la multitud, cuyo número sería de tres mil quinientos hombres, muchos ebrios y todos dirigidos por personas que les habían venido repartiendo vino, pulque, dinero, piedras y tuercas viejas de fierro para que les sirvieran de proyectiles.

Un cuarto de hora después de lo dispuesto por el señor Presidente, llegó el Inspector de policía que recibió un golpe en la cara y el cual ordenó desalojar la muchedumbre, habiendo sido auxiliado por un escuadrón de caballería. La multitud, tan sólo al amago de esa fuerza, se retiró y esto demuestra que a haberse procedido desde el principio en esa forma, no hubiera sucedido en la culta capital de la República el atentado salvaje a que acabo de hacer mención. Apenas despejado el frente de la casa donde yo me hallaba, monté en un automóvil con ocho personas que me sirvieron de compañía y me dirigí a Chapultepec donde hice una exposición de los hechos al señor de la Barra, quien dictó en mi presencia diversas disposiciones tendentes a dar tranquilidad a la ciudad alarmada por los sucesos ocurridos, y a dar personales garantías a mí y a los míos, no habiendo querido que nos las diéramos nosotros mismos, como reiteradamente se lo propuse desde que fui sitiado con unos sesenta hombre que estuvieron a mi lado en la casa indicada, y los cuales, sólo por disciplina para conmigo, se reprimieron ante los ultrajes que recibían.

Como incidentes ocurridos diré que alguno de los contramanifestantes se acercó a mí con navaja en mano, y habiéndole yo botado al suelo fué desarmado por varios de los presentes.

Tal fué la forma en que se llevó a cabo esa contramanifestación, que es un acto ignominioso para quienes la dirigieron y para quienes la verificaron, siendo un motivo de vergüenza para nuestra Patria.

«Todo lo que he dicho demuestra de lo que es capaz un partido que blasona de democrático. Con actos de democracia como los dichos; no sé cual podrá ser el desgraciado porvenir de la República.»

*
* *

Lo anterior, que incuestionablemente tiene todo el enorme peso de una verdad histórica, nos lleva al convenci-

miento de que los actos del señor Madero y de la torpe camarilla de que se rodeaba, ya con este motivo, ya con aquél, no podrían ser más desacertados e impolíticos ni de resultados más funestos para el país; y sin duda alguna que a medida que se sucedían iban acumulando en el corazón mismo del pueblo, gérmenes de un profundo descontento y restándole todo género de simpatías al «leader» quien, no obstante, eternamente optimista y ya empezando a sentirse mareado por el vértigo de la altura, no quería dar oído a los clamores de aquel descontento ni para mientes en la ausencia de sus correligionarios, a cada momento más sensible.

A la larga serie de trascendentales errores que dejamos enumerados, errores que denunciaban en los hombres del maderismo una ausencia completa de cultura, de civismo y de honradez, errores, en fin, que tomaban todas las proporciones de verdaderos atentados, se sucedían sin interrupción otros y otros en interminable escala ascendiente y en alarmante aumento de intensidad; y es así, como en medio de todas estas imperdonables torpezas que imprimieron fuerte carácter a la obra del maderismo, el XXV Congreso Federal fué también hollado en su decoro por el señor Madero, cuyos continuos desaciertos ni en la inviolable libertad de este alto Cuerpo legislativo, hallaron valladar.

Tratemos de analizar el caso.

Con motivo de la agitación armada que prevalecía aún en todo el país, pues debido a la impertinente intromisión del señor Madero en los asuntos públicos, así como a sus complacencias y debilidades con los rebeldes de Morelos, le era poco menos que imposible al gobierno interino del señor de la Barra restablecer el orden y la paz en la República, eminentes políticos de la capital, examinando la cuestión, bien desde el punto de vista legal, bien desde el político, externaron sus opiniones acerca de las elecciones presiden-

ciales, en el sentido de que éstas se aplazaran hasta que al amparo de una paz efectiva, y sin presión de ninguna naturaleza, hubiera podido el pueblo ejercitar libremente las funciones del voto.

De acuerdo con este parecer, con el que comulgaban honradamente no pocos señores diputados así como los principales partidos políticos, entonces en acción, y entre los que se encontraban el Antirreeleccionista, el Evolucionista, el Reyista y el Liberal Rojo, apoyados éstos por más de cincuenta mil firmas de todo el país, acordaron, si bien independientemente unos de otros, pedir oficialmente a las Cámaras de la Unión el aplazamiento de las elecciones de referencia, habiendo sido el Partido Liberal Rojo el primero que, en asamblea general de 3 de septiembre, tomó sobre el particular los siguientes acuerdos:

«1º No lanzar por ahora dado el estado no pacífico, moral y material de la República, ninguna candidatura.

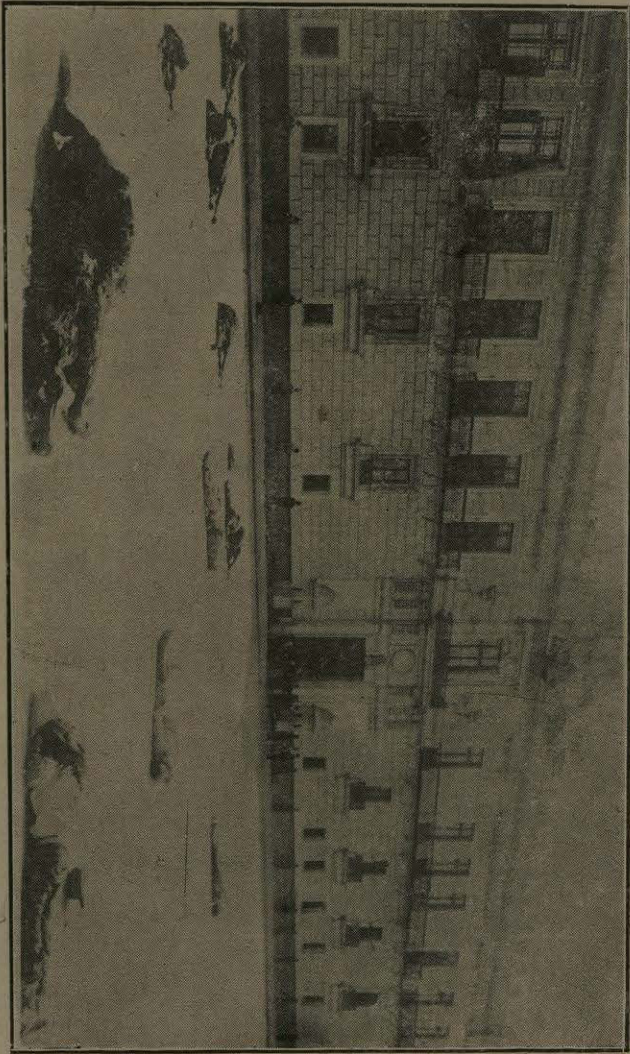
2º Hágase pedimento respetuoso en la forma especial al señor Presidente de la República y a la Comisión Permanente del Congreso para que se ordene el aplazamiento de las elecciones generales de Presidente y Vicepresidente, para cuando esté completamente pacificada la República y se pueda garantizar la libertad de sufragio.»

Armonizando con estos acuerdos, y persiguiendo el mismo patriótico fin, el Partido Evolucionista, del que es presidente el notable civilista, licenciado don Jorge Vera Estañol, candidato también a la Presidencia de la República, con fecha 18 del mismo mes de septiembre elevó a la H. Cámara de Diputados un extenso memorial en el que entre otras se aducían las siguientes razones, tendentes a conseguir el necesario aplazamiento del acto electoral que nos ocupa:

«A nadie se oculta que la República sólo tiene la apariencia de una situación pacífica; que bajo esa apariencia existe en la realidad una revolución aún latente y en fermentación; un verdadero mar de fondo, que se agita y que se revuelve constantemente.

En esa situación, la lucha electoral no será un acto cívico en que los ciudadanos vayan a elegir sus futuros Presidente y Vicepresidente; será una lucha armada en la que vencerá el más audaz o el menos escrupuloso.

Y además de esto, que la revolución que ha costado tan-



Aspecto exterior de Palacio Nacional pocos momentos después del combate librado entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes de los Grales. Reyes, Díaz y Mondragón. 9 de febrero de 1913.

ta sangre, tanto dinero y tanta tranquilidad al país, habrá sido defraudada, quizás por una porción de los mismos que la provocaron, puesto que estará muy lejos de haberse realizado la suprema aspiración de crear un gobierno nacional sobre la base de un sufragio efectivo.

La revolución tendrá entonces derecho a clamar contra esa burla; la revolución se considerará autorizada para seguir los precedentes últimamente establecidos y no sabemos a qué extremos podrá llegar.

Podemos asegurar que un grupo de revolucionarios está dispuesto a todo, a todo menos a perder para su Jefe la Presidencia de la República, pues que el Jefe de ese grupo ha manifestado en su telegrama del día 12 a la Cámara de Diputados que no puede responder de lo que harán sus partidarios.

Sabemos que otra fracción de los mismos revolucionarios es disidente, y que esa facción está dispuesta a reclamar el aplazamiento de las elecciones.

Por último, sabemos que el Partido que sostendrá como su candidato al señor general Bernardo Reyes, considera que no tiene garantías suficientes en la actualidad, y que es ciertamente forzoso que las elecciones se prorroguen.»
(1)

Efectivamente, el país se mantenía aún en plena agitación armada; el zapatismo, en todo su apogeo, assolaba todas las poblaciones de Morelos e invadía con gran número de adeptos los Estados de Puebla, México y Guerrero, este último, además, dominado en una gran extensión por rebeldes de Salgado, la guerra de castas, que había estallado con proporciones gigantescas en el Estado de Chiapas, hacía materialmente imposible el ejercicio del voto en aquella región; no había Estado casi, de la República, en el que no se registraran diariamente sucesos sangrientos de mayor o menor importancia, y como si esto no hubiera sido bastante a probar que las elecciones que bajo tales circunstancias anormales se efectuaran, carecerían de

1—Memorial del Partido Evolucionista a la H. Cámara de Diputados, 18 de septiembre de 1911.

eficacia y de legalidad puesto que millares de ciudadanos no podrían concurrir a los comicios por las causas expuestas, tal falta de legalidad y de eficacia se acentuaba notablemente toda vez que, en efecto, como lo asentaba el memorial del Partido Evolucionista, un grupo muy numeroso de revolucionarios distribuidos en todo el país y con las armas en la mano «estaba dispuesto a todo, a todo menos a perder para su Jefe la Presidencia de la República.»

No obstante, el señor Madero que, a pesar de las algarradas de entusiasmo que alzaba en su derredor la inconsciente multitud que lo recibía en sus giras de propaganda electoral, veía que su desprestigio entre los elementos sanos del país aumentaba a cada momento, y llegando a abrigar serios y muy fundados temores de perder la Presidencia, que incuestionablemente constituía su sueño dorado, si se aplazaban para más tarde las elecciones, interpuso toda su influencia con el señor de la Barra para que las peticiones de tal aplazamiento fueran rechazadas de plano, y no concretó su acción solamente a influenciar en este sentido al Presidente Interino, sino que la extendió en forma de amenazas a la H. Cámara de Diputados, a la que dirigió el siguiente telegrama, que transcribimos íntegro, por juzgarlo un documento de inestimable valor para la historia del señor Madero:

Mérida, Yucatán, 11 de septiembre de 1911.

Señor Presidente de la Cámara de Diputados.

México, D. F.

Por el digno conducto de usted deseo dirigirme a los señores diputados, para manifestarles lo siguiente: Graves asuntos deberán ocupar su atención, pero los más trascendentales serán los relativos a las próximas elecciones presidenciales. Por este motivo me permito recordar a los señores diputados, que si bien es cierto que la guerra civil terminó, sin que celebrase tratado alguno, tan lo es que tácitamente se convino en que el señor de la Barra sería aceptado por ambos partidos como Presidente de la República y que se citaría a elecciones presidenciales en el plazo más breve que fuere posible. Este plazo fué ya designado por el Congreso y aceptado por el partido revolucionario; así es que puede considerarse como un convenio tácito.

El señor licenciado Francisco León de la Barra ha cumplido con los compromisos contraídos con la Revolución, con toda lealtad y honradez, habiéndose hecho acreedor, por este motivo, a la estimación de todos sus conciudadanos. Estoy seguro de que ese Congreso obrará de igual manera, a fin de justificar la confianza que en él depositamos los jefes del partido revolucionario. De esta manera y marchando todo en perfecta armonía, sin más interés común que el bien de la Patria, lograremos que ella pase sin más trastornos el actual período de transición, y los señores diputados se harán igualmente acreedores a la estimación de sus conciudadanos.

Nada que sea contra el decoro y dignidad; únicamente deseo que las elecciones se verifiquen en el plazo ya fijado y que el cómputo de los votos se haga con entera legalidad y honradez; sentimiento en los cuales estoy seguro abundan los señores diputados.

En cuanto a diferir las elecciones sería prolongar el período de incertidumbre y desconfianza que existe siempre antes que se verifique este acto, y especialmente por las condiciones en que atraviesa actualmente el país, sería acarrear graves complicaciones y dificultades; pues es difícil prever el efecto que tal resolución causaría, en las masas populares, que creerían se les había traicionado y se querría arrancarles el legítimo triunfo que esperaban de la revolución, que es el de ejercer libremente y sin trabas el supremo derecho de designar a sus mandatarios.

Ningún partido político de tendencias honradas se beneficiaría con este retardo, pues la opinión pública no haría sino exaltarse más, y nada hace prever que cambiase de orientación para apoyar las pretensiones del señor general Bernardo Reyes. Me informan también que un grupo de disidentes del gran partido revolucionario, no contento con el fallo de la Convención, porque no satisface sus aspiraciones personales, desea pedir al Congreso que sea retardada la época de las elecciones. Ni este pequeñísimo grupo de disidentes, ni los amigos del señor general Reyes representan una mayoría respetable de la opinión, por cuyo motivo el Congreso no debe tomar en cuenta su solicitud, basada no en los sagrados intereses de la Patria sino en sus mezquinas ambiciones.

Para terminar manifestaré a los señores diputados que aunque legalmente tengo sólo el carácter de un simple ciudadano, la inmensa mayoría, por no decir la casi unanimidad me designa como candidato a la Presidencia de la República, y el hecho de haber sido el jefe de la revolución me impone el deber de dirigirme honradamente al Congreso, para hacerle conocer lo anterior, que es de gran trascendencia para la República; pero si dejando de tomar en consideración los altos intereses de la Patria llegasen los señores diputados a resolver que se aplacen las elecciones, aunque yo haré lo posible por calmar los ánimos y hacerles comprender que no debemos temer nada, puesto que ya el pueblo ha demostrado su omnipotencia y sabrá hacer respetar en cualquier momento su soberanía, no puedo sin embargo, responder de lo que pueda suceder, pues como ya manifesté anteriormente, el pueblo creería que se le había traicionado, que se le quería arrancar los frutos de la revolución y ES IMPOSIBLE PREVER CUALES SERÍAN LOS EFECTOS DE SU CÓLERA. Anticipo a usted las gracias porque espero se servirá hacer conocer a los señores diputados mi anterior telegrama, y respetuosamente me suscribo su amigo afectísimo y atento s. s.—Francisco I Madero.»

Como se vé, no podía ser ya más palpable la falta de tacto político del señor Madero; sus desaciertos rayaban a mayor altura cada día, y en este orden de ideas, ninguno que no sea un ciego apasionado de aquella personalidad mediocre o un imbécil, podrá negar que en el documento que acabamos de transcribir se cometen dos faltas graves, enormes, imperdonables, tratándose como se trata de un individuo llamado a ocupar la primera magistratura del país, y las cuales están en pugna abierta con el sello de circunspección y de mesura que debería de haber impreso a todos sus actos.

En primer lugar, en el mensaje que comentamos el señor Madero lanza una verdadera proclama revolucionaria, puesto que aventura en él, el concepto, bajo todos aspectos subversivo, de que «el pueblo creería que se le había traicionado, que se le quería arrancar los frutos de la revolución, y es imposible prever cuáles serían los efectos de su cólera,» con lo cual el señor Madero no se proponía, sin duda alguna, otra cosa que preparar a ese mismo pueblo para una nueva revuelta en el caso no remoto de que las Cámaras, en uso de sus facultades, hubieran decretado el apla-

zamiento de las elecciones; cosa que incuestionablemente hubiera puesto en grave peligro los intereses personales del señor Madero y de sus allegados, y en segundo lugar, y esta es la parte más delicada del asunto, el expresado señor, asumiendo una actitud completamente agresiva contra el Poder Legislativo de la Unión, no pide en derecho y con apoyo en consideraciones legales el no aplazamiento de las elecciones, como con todo respeto y compostura y con estricto apego a principios de la más sana equidad y justicia, lo pedían los partidos Evolucionista y demás a que antes hemos hecho referencia; no, el señor Madero manda, impone a las Cámaras ese no aplazamiento, sin más razón y sin otro derecho que los de haber sido "el jefe de la revolución triunfante," y para dar mayor autoridad a su mandato de jefe revolucionario, árbitro de todo un pueblo que había demostrado ya su omnipotencia y que sabría hacer respetar en cualquier momento su voluntad soberana, lo acompaña de las siguientes palabras: «no puedo, sin embargo, responder de lo que pueda suceder;» palabras que encierran una amenaza terrible, lanzada por el "leader," y la cual propendía esencialmente a coartar la inviolable libertad del Poder Legislativo.

Al ser conocido en Washington el texto del anterior telegrama fué severamente censurado por los más prominentes y autorizados políticos de aquel país en el que se tiene verdadero culto por las libertades públicas, quienes encontraron sumamente extraño e increíble que un hombre que había luchado en México por la conquista de las libertades, pusiera grandes obstáculos, con amenazas de carácter netamente personal, a la libertad del Congreso, siendo—decían—que la libertad del Cuerpo Legislativo es una condición primordial en una República democrática.

Opinaron los mencionados políticos de la República de allende el Bravo que un hecho de la naturaleza del que dejamos relatado, indudablemente desprestigiaría en los Estados Unidos a cualquier candidato ante la opinión pública, y seguramente que aquí en México, la clase consciente del país, los espíritus serios que no se dejan arrastrar por ofuscamientos de partido, no piensan de diversa manera, pues el señor Madero con aquel mensaje irrespetuoso acabó de arrojar un nuevo combustible a la hoguera en que ardían rápidamente su popularidad y su prestigio.

A pesar de todo, el Congreso de la Unión no concedió el aplazamiento solicitado, inspirándose en un profundo sentimiento de patriotismo y por razones más de orden político que de orden legal; quiso evitar nuevas heridas a la angustiada patria; creyó encontrar en la celebración de las elecciones un remedio inmediato a los inmensos males que aquejaban al país y quitar todo pretexto para una nueva rebelión, y el domingo 1.º de octubre de 1911, mientras en numerosos pueblos de la República la revolución y el bandidaje segaban millares de vidas, atentaban contra la honra y la hacienda y hacían materialmente imposible todo propósito de sufragio, en otros pueblos, quizás en aparente calma pero no menos desgraciados que los primeros, se votaba para Presidente y Vicepresidente de la República, en condiciones tales, que distan mucho ciertamente, de garantizar que el resultado de aquel acto sufragáneo haya sido perfectamente legal. Al menos, y con no poca razón, no han faltado criterios bien orientados, que libres de prejuicios y de mezquinos convencionalismo han puesto en tela de juicio tal legalidad, de la que, por otra parte, jamás han dejado de alardear en el tono más alto los corifeos del maderismo.

Tratemos de analizar este caso aun cuando al hacerlo sea muy someramente.

A pesar de las públicas declaraciones que el señor Madero hizo al efecto, afirmando que los señores general Bernardo Reyes y Lic. Emilo Vázquez Gómez, lo mismo que el Partido Evolucionista, habían desistido de su campaña electoral como candidatos, los dos primeros, a la Presidencia de la República, debido únicamente a que dichos señores comprendieron que de una manera irremediable irían en su empresa al fracaso más completo, lo cierto del caso es que tanto el señor general Reyes como el Lic. Vázquez Gómez, se retiraron de la lucha electoral y abandonaron más tarde el territorio mexicano, porque aquí carecieron no ya de libertades para ejercitar sus derechos de ciudadanos, sino aun de garantías individuales, cuando al frente de sus respectivos partidarios se disponían a entrar

de lleno por la puerta de la democracia a una honrada campaña electoral, que hubiera hablado muy alto en favor de la cultura en México y acarreado al mismo tiempo grandes simpatías y prestigio al maderismo.

El primero de dichos señores, que no alcanzó de sus contrarios el respeto y las consideraciones a que lo hacían acreedor su alta categoría como miembro del ejército nacional y los grandes servicios militares que le debió la Patria, fué lapidado, como ya hemos visto, por torpes maquinaciones del Partido Constitucional Progresista, y el segundo, el señor Lic. Vázquez Gómez, alma del antierreeleccionismo, al que tanto debió al señor Madero, era víctima, así como su hermano el doctor Vázquez Gómez, de innobles intrigas y de incesantes persecuciones que tenían por única mira imposibilitaros por completo para entrar en la lucha electoral. Por otra parte, los partidarios de ambos candidatos eran víctimas en diversos lugares del país de atropellos sin cuenta, y muchos de ellos sufrieron encarcelamientos injustos llevados a cabo por las autoridades, que, como es bien sabido, puestas por la revolución triunfante eran, naturalmente, incondicionales y exaltados partidarios del maderismo, hasta el grado de convertirse en apoyo del señor Madero en completos transgresores de la ley.

La prensa de provincia que se atrevía a bregar con bandera de oposición a dicho señor era cruelmente perseguida y amordazada, como sucedió con la "Revista de Mérida" y con algunas otras publicaciones de diversos lugares del país; un gran número de fuerza armada maderista, diseminada en toda la República, ejercía presión sobre los ciudadanos, de tal manera que sufragar en favor de persona que no fuera el señor Madero hubiera constituido un acto de verdadera temeridad, por las terribles consecuencias que tal audacia le hubiera acarreado al sufragante; y así, nada de aventurado tiene asegurar que, por lo que respecta, al menos, al triunfo del señor Pino Suárez, la sagrada promesa de sufragio efectivo hecha por la revolución de 1910, no había pasado en esta ocasión, debido al maderismo imperante, de una comedia odiosa, indigna de pueblos cultos y respetuosos de sus instituciones.

En estas circunstancias, claro es que el resultado electoral obtenido no podía haber sido otro que el impuesto en unos lugares por la fuerza bruta y en otros por el cohecho y por el fraude: el triunfo del señor Madero, que adolece,

cuando menos, del gravísimo error de haber sido arrancado a un pueblo en momentos de ciega idolatría por el "leader triunfante," en los que no era posible ni se permitió que se hubiera discutido su personalidad ni depurado su conducta pública. Por otra parte, se impidió, como hemos visto, que otros candidatos luchasen en oposición a la candidatura del señor Madero, y es natural que por virtud de estos procedimientos resultara esta triunfante, de la misma manera que don Porfirio fué el vencedor en cuantas "campañas electorales," para la renovación de Presidente de la República, se llevaron a cabo durante los treinta años de su Dictadura. Y correlativo a este triunfo fué el alcanzado por el señor licenciado Pino Suárez, que, obtenido contra la voluntad unánime del pueblo y por los medios reprobables y odiosos que hemos consignado, resultó a los ojos del mundo entero, no menos deshonesto e indigno para una república democrática, que el triunfo de la candidatura Corral en los últimos años del gobierno tiránico de Díaz.

Así llevadas a cabo por los demócratas del maderismo las elecciones presidenciales, que eran justamente esperadas por el espíritu público como un modelo de honradez y de pureza, y que, como hemos dicho, en nada difirieron de las que se efectuaban bajo la administración del general Díaz, la Cámara de Diputados, erigida en Colegio Electoral, hizo el viernes 3 de noviembre de 1911 la solemne declaratoria de haber resultado electos por la voluntad popular, Presidente y Vicepresidente de la República para el período constitucional que termina en 1916, los señores Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez, quienes el día 7 del mismo mes deberían otorgar la protesta de ley y tomar posesión de tan elevados cargos.

Este acto que por un supremo anhelo de paz y de concordia nacionales era esperado con verdadera ansiedad en todo el país y por todas las clases sociales, constituía todo un feliz acontecimiento político que invitaba a ser celebrado con manifestaciones de inmenso regocijo; y ciertamente que así fué, y ello se debió a que del advenimiento al poder del personaje más conspicuo de la revolución, en el cual se encarnaban las aspiraciones de libertad, de paz y de justicia nacionales, y fiada en sus promesas, la República esperaba el pronto restablecimiento del orden y de la tranquilidad públicas, a cuya sombra y bajo el augusto imperio de la

ley pudiera curarse de las hondas heridas que había recibido de la revolución, latente aun en todo el país.

Y así fué como todo el pueblo de la metrópoli, en el que dominaban las clases oprimidas, concurrió regocijado a aclamar una vez más al vencedor, en los momentos en que por fin éste asumía el cargo de Jefe del Poder Ejecutivo; acto solemnísimos y trascendental que, una vez efectuado, elevó casi al delirio el contagioso entusiasmo de las multitudes.

El día en que otorgaba la protesta de ley el señor Madero—7 de noviembre de 1911—y en tanto que esta ceremonia se efectuaba con las solemnidades del caso en el palacio Legislativo, una doble valla formada con los elementos militares de guarnición en la Capital, y tendida desde la Cámara de Diputados hasta la puerta del Palacio Nacional, esperaba el paso del flamante Presidente para rendirle los primeros honores después de que hubiera hecho ante la Representación Nacional la solemne protesta de cumplir con los sagrados deberes inherentes a su alta investidura.

«Los cadetes del heroico y legendario Colegio de Chapultepec, cubrían toda el ala frontal del viejo edificio; después la valla estaba compuesta por tres batallones de infantería: el 3º, el 18º y el 20º. En todo el trayecto el público se situó tras la línea de soldados, formando grandes columnas, cuyos miembros, en un bullir incesante, pugnan por ganar los sitios más cómodos.

Las calles por donde debía pasar la comitiva presidencial fueron vestidas de gala. Banderolas y gallardetes, cortinajes y festones, flores odorantes y follajes color de esmeralda, en un pintoresco abigarramiento, formaban el decorado de balcones y fachadas.

Pero sobre todo estaba el frente del Palacio Nacional, que representaba un cuadro rebosante de vida. Las murallas humanas que reforzaban las filas militares de que ya hemos hablado, eran mas gruesas e infranqueables, más inquietas y entusiastas.

El amplio templete levantado «ad-hoc» estaba coronado de espectadores, así como también la multitud de vehículos, desde el humilde carromato, hasta el potente y lujoso auto de 50 H. P., que formaban en una enorme extensión un valladar inaccesible.

Una descubierta de gendarmes montados, una sección de

las guardias presidenciales; los carruajes que ocupaban los señores diputados y senadores comisionados para acompañar al primer magistrado hasta el palacio Nacional; en seguida el carruaje ocupado por el señor Madero, escoltado por una fuerza de ex-revolucionarios, entre los que iba el jefe Pascual Orozco y en último término otra sección de guardias presidenciales; tal era el orden formado por la comitiva.

En todo el trayecto, desde la Cámara de Diputados hasta el Palacio Nacional, el señor Madero fué objeto de vivas manifestaciones de simpatía. De los balcones caían copiosas lluvias policromas de pétalos y confetti, las manos se agitaban con una actividad frenética y de los labios salían entusiastas aclamaciones, recorriendo toda la gama del júbilo popular.

A las once y treinta y cinco minutos, las metálicas voces de las campanas llenaban el ambiente con su sonoro clamoreo; los clarines guerreros entonaban nuestro sublime Himno Patrio; los bizarros cadetes presentaban armas y las manifestaciones de los espectadores estallaban con mayor energía; era que el mandatario de la Nación Mexicana hacía su entrada al Palacio Nacional.

El señor Madero fué recibido en el Salón Verde por el señor licenciado de la Barra, a quien estrechó efusivamente. En el propio recinto se encontraban los señores diputados don Demetrio Salazar, don Querido Moheno y don José R. Azpe; ingeniero don Manuel Bonilla, don Abraham González y don José de la Luz Blanco.

El interior de Palacio estaba muy concurrido por altas personalidades del gobierno y de la política.

En el Salón de Embajadores se congregaban las comisiones de las oficinas públicas, de las Cámaras de Senadores y Diputados, de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y del Ejército, estando éste representado por numerosos generales, jefes y oficiales. En un lugar especial de esa sala, que era impotente para contener aquel concurso, se colocó el H. Cuerpo Diplomático, que concurría para presenciar la entrega del Gobierno al señor Madero. El suntuoso salón se vió también concurrido por distinguidas damas entre las que se contaban las de la familia Madero.....»

Fué así como este señor, en medio de un loco regocijo

popular, de un entusiasmo desbordante de millares de personas para quienes el nuevo Presidente tomaba en aquella ocasión las proporciones de un verdadero semi-dios, hacia su entrada triunfal en el Palacio de los Virreyes, en el que era recibido por las delirantes aclamaciones de la distinguida concurrencia que henchía el vetusto edificio y que esperaba con febril ansiedad la llegada del momento más culminante de aquella interesante etapa de nuestra vida pública, cuyo prólogo había quedado marcado con la sangre de toda una generación de abnegados patriotas.

Pocos momentos después, el señor de la Barra, tras un breve discurso en el que felicitaba cordialmente al nuevo Presidente por la muestra de confianza que sus conciudadanos le habían dado, elevándolo a la primera magistratura del país, le hizo entrega del poder con toda la solemnidad que el caso requería.

El señor Madero pasaba, pues, de «leader» revolucionario a la elevada categoría de jefe supremo de la Nación. El acontecimiento no podía ser en verdad más extraordinario, y ello, como acabamos de ver, exitaba, cuando menos en la capital, el regocijo de las muchedumbres, que, por otra parte, formaba doloroso contraste con el estado casi anárquico en que empezaba a entrar el resto del país, en los momentos precisos aquellos en que de la exaltación del señor Madero a la Presidencia de la República, se esperaba en toda ésta el restablecimiento de la paz y del bienestar públicos.

Efectivamente, mientras en la capital de la República, como acabamos de ver, una multitud ebria de entusiasmo celebraba con delirantes manifestaciones de alegría la toma de posesión del nuevo mandatario, en casi todo el resto del país la chispa de una nueva revolución encabezada por hombres del maderismo, descontentos por los últimos procedimientos del señor Madero, cundía rápidamente, próxima

a convertirse en una formidable conflagración imposible de ser sofocada, y el desconocimiento del nuevo gobierno se generalizaba entre millares de revolucionarios que amenazaban seriamente destruir el régimen que acababa de establecerse y que tomaban como inmediata justificación de su actitud rebelde la imposición del licenciado Pino Suárez en la Vicepresidencia de la República, que violaba el principio de «Sufragio Efectivo,» que había servido de base a la revolución de 1910.

En Tamaulipas, Chiapas, la Huasteca veracruzana, abarcando los cantones de Ozuluama, Tantoyuca y Chicontepec, y en algunos otros Estados de la República, varios centenares de adeptos al general Reyes daban el grito de rebelión, proclamando a éste para Presidente de la República; en Yucatán y aprovechándose de la debilidad del nuevo Gobierno, se levantaba formidable una guerra de castas que contribuía poderosamente a dar mayor consistencia a la anarquía del país; en Puebla, Morelos, México y Guerrero, el zapatismo, burlando ostensiblemente todo principio de autoridad, se entregaba al bandidaje más desenfadado; en Banderas establecía un estado de terror en Sinaloa fusionando a pacíficos vecinos e imponiendo crecidos préstamos forzosos al comercio, y, para no hacer más larga esta lista de levantamientos a mano armada, en Oaxaca, mientras por un lado el ingeniero Castrejón, al frente de una numerosa partida de rebeldes, iniciaba un levantamiento desconociendo el gobierno del señor Madero y proclamando al licenciado don Emilio Vázquez Gómez para la jefatura de la Nación, por otro, el licenciado José F. Gómez, conocido por «Ché Gómez,» sublevaba a los indios del Istmo de Tehuantepec contra el gobierno local, produciendo escenas sangrientas que estaban muy lejos de armonizar con las declaraciones optimistas del señor Madero, para quien el estado general de la República fué siempre inmejorable.

Con motivo del levantamiento de Ché Gómez, precisamente el día en que el señor Madero tomaba posesión de la Presidencia, noticias procedentes de Juchitán comunicaban que la situación en aquella región del Estado era aflictiva en grado sumo, pues pasados los últimos combates efectuados entre federales y rebeldes, las calles de la población habían quedado sembradas de cadáveres, viéndose hacinados por todas partes y expuestos a la intemperie. Las bocacalles se hallaban obstruidas por com-

pleto por grandes amontonamientos de cuerpos insepultos, cubiertos de sangre fétida, calculándose en más de mil el número de muertos y en centenares los heridos que estaban pereciendo por la absoluta carencia de auxilios.

Nuestros indígenas engañados o azuzados por el cabecilla Gómez, de referencia, se entregaban a todo género de excesos, escarneciendo a la humanidad con sus atropellos y con sus crueldades; y en tal estado de cosas, las tropas federales, en número bastante inferior al enemigo, hubieron de hacerse fuertes en los edificios del Palacio Municipal y del Hotel Central, desde cuyas alturas barrieron al populacho desenfrenado y audaz, con las bocas de sus cañones y ametralladoras. No obstante lo enérgico de tal medida, la lucha continuó encarnizada y feroz hasta verse las calles, como hemos dicho, cubiertas de cadáveres insepultos, casi en estado de putrefacción, mientras la situación de los federales era horrible, puesto que se agotaron sus provisiones y llegaron hasta el punto de comer carne de caballo.

Y estas escenas de horror se repetían en casi todo el país, más o menos trágicas, con mayor o menor intensidad, pero siempre espantosas y siempre imprimiendo un fuerte carácter de completa desorganización social, producida, sin duda alguna, por los desaciertos del señor Madero.

«En estos momentos—decía el señor ingeniero don Francisco Bulnes, en uno de sus últimos notabilísimos discursos ante la Representación Nacional—en estos momentos vemos que el Estado de Sinaloa presenta el aspecto de un rejahlato de la India. En el río Yaqui ha habido, según anuncia la prensa, pronunciamientos que nada tienen de democráticos, pues pertenecen al género de las reivindicaciones de razas, de las reivindicaciones contra la propiedad, de la reivindicación religiosa, de la reivindicación de la barbarie contra la paz y el trabajo nacionales. En Chiapas aparece otro fenómeno de perturbación profundamente lamentable; una lucha que llamaré cacical, bordada en renicillas de dos ciudades como en la Italia del siglo XV, pero en vez de tener los combatientes combinada su crueldad con las cualidades artísticas de los italianos, presentan todos sus odios extendidos en la ferocidad chamula.

La prensa ha publicado que en Juchitán fué asesinado un

médico, empeñado en establecer hospitales y ejercer desinteresadamente la caridad, amparado por la túnica immaculada de la Cruz Blanca; al licenciado Sandoval los indios lo untaron de petróleo y le prendieron fuego; en tan salvaje región la lucha no es democrática, sino de carácter totalmente caribe. En el mismo Estado de Oaxaca, el señor ingeniero Ogarrio ha proclamado el programa socialista agrario, con reglas alemanas, tomadas de los libros de Lassalle. En Yucatán persiste una guerra de razas de caciques poetas, y al mismo tiempo de burócratas desalmados. Además, tenemos el zapatismo y, como dijo muy bien el señor Lozano, Zapata no es un simple bandido, es un problema terrible planteado en el Sur por la raza indígena mezclada por la zamba, porque la población de Morelos, en su mayoría, es cruzada de negro e indio; y las ideas y los sentimientos de esta temible subespecie humana, soplan como huracanes en el espíritu rudo, misterioso y sombrío de los indígenas de los Estados de México, Puebla, Oaxaca y Guerrero. En esa gran región, la más poblada de la República, el aliento revolucionario es anarquista y en la cúspide de tan sinistro ideales, Zapata figura como una especie de Juan de Leyden, el profeta de los anabaptistas, como Mahde, caudillo de la emancipación del Gobierno Federal, del desmembramiento político y social y de la religión ardientemente amada del saqueo. En Torreón aparece el movimiento revolucionario sellado con las doctrinas socialistas del siglo XV, y es probable que los huelguistas emprendan dentro de muy pocas horas la terrible tarea del subotaje»

Tales eran las condiciones anormales del país creadas por el señor Madero y con las cuales se encontraba como un obstáculo infranqueable que se oponía a la consolidación de su gobierno.

Ahora bien, ¿fué una labor inteligente y honrada la del nuevo mandatario que tuviera por única mira la pronta solución de los conflictos armados que hemos señalado, el cumplimiento de las promesas de la Revolución y el deseo de encauzar la República por una senda de engrandecimiento y bienestar?

Ya veremos en el capítulo siguiente cómo el nuevo gobierno estaba muy distante de alentar estos ideales y cómo sus interminables desaciertos fueron preparando rápidamente su caída, que afortunadamente no se hizo esperar por mucho tiempo.